

Sida

M. VÁZQUEZ MONTALBÁN

Enfermedad vergonzosa atribuida a homosexuales o a drogadictos, sólo eran considerados enfermos inocentes los que la habían contraído a causa de transfusiones de sangre contaminada o de accidentes de trabajo clínico. Tal vez por esa carga de culpabilidad moral convencional la sociedad respetable y respetada se desentendió del asunto desde la seguridad que daba ser heterosexual, no ser drogadicto de pinchazo y no necesitar transfusiones de sangre. Evidentemente, y a tenor de las estadísticas, una mayoría aplastante de presuntos inocentes. Pero por lo que parece, ya ni los heterosexuales están a salvo, y la humanidad toda parece condenada a ir por la vida con el condón junto al NIF, y la *ley Corcuera* ha perdido la oportunidad de imponer la obligación de enseñar el condón al mismo tiempo que el carnet de identidad. Estos políticos no tienen imaginación.

Con la muerte de **Mercury** y la revelada enfermedad de **Magic Johnson** Barcelona se siente más afectada por el sida que nunca. Mercury nos dedicó una horrosa canción de propaganda olímpica y **Magic Johnson** pregonó las excelencias del baloncesto ante nuestros jóvenes. Que

el germen del mal se haya cebado en cuerpos universales que nos afectan ha suscitado una cierta curiosidad ante la cuestión, que de momento aún no se ha convertido en seria preocupación sobre los 10.000 afectados de sida que hay en España, que al no llamarse Mercury ni *Magic Johnson* siguen recibiendo el trato de apestados, víctimas de sus vicios. Los futurólogos aseguran que en el año 2000 habrá 40.000 sidosos en España, 40.000 portadores del mal a pesar del pónitelo, pónitelo y de la privatización de la jeringuilla. Es hora ya pues de que empecemos a considerar este mal desde la seriedad y desde la solidaridad bien entendida, que empieza por uno mismo. Inteligencia y solidaridad parecen requisitos indispensables para que el sida no sea el factor determinante del miedo a los demás llevado a sus últimas consecuencias. En Zeleste se ha montado una fiesta concienciadora sobre la cuestión, identidad de forma y fondo entre la música y la plaga de la penúltima modernidad. En la plaza de Catalunya, el domingo a las doce de la mañana la letra, es decir, la palabra de una serie de ciudadanos que nos hablarán del sida desde la solidaridad o desde la angustia. ¡Qué fin de milenio tan proceloso! No te pue-

des fiar de ninguna de las fronteras que parecían estables hace una década, ni las de la moral, ni las de Europa. Dos mil años en busca de la seguridad terminan en el fracaso de la seguridad racionalizada y en la aparición por tanto de una teología de la seguridad que recupera olvidadas fronteras y pondrá las que hagan falta, a frontera por ciudadano, con tal de que el miedo jamás se convierta en pregunta y permanezca en la humillada condición de respuesta.

Tal vez la única posibilidad de rechazar el caliz del miedo sea hablar en voz alta de todo lo que nos amenaza, se llame racismo o se llame sida, recuperar el viejo truco de perder el miedo a los que nos minimiza poniéndole nombre y sabiendo de dónde nace y cómo se comporta. Dos mil años para conseguir una cierta libertad sexual y acabar lanzándonos sobre el orgasmo en paracaídas. Dos mil años construyendo la razón universal de una humanidad solidaria para acabar poniendo cascos azules entre croatas y serbios, guardias civiles entre payos y gitanos, cabezas rapadas entre la *beautiful people* y los vagabundos que duermen y mueren *sur les bancs publics, bancs publics, bancs publics...*